

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La adoración

Introducción

Los que son salvos, que constituyen la familia del Padre, que aman a su Salvador y Señor, tienen un servicio preciso que desempeñar. El primer objetivo que se propone un recién convertido es, por lo general, atraer almas al Señor. ¡Excelente anhelo, por cierto! Pero a decir verdad, ante todo el Señor merece nuestro agradecimiento, nuestra adoración. La meta de Dios al salvar a los seres humanos es tener adoradores, a quienes busca y reúne por medio de su Hijo: “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23).

Entonces, ¿por qué tantos cristianos sinceros olvidan este servicio elevadísimo entre todos? O bien, ¿por qué ponen la propagación del Evangelio antes que la adoración? ¿Por qué otros, al contrario, se limitan a esta vocación suprema, siendo negligentes a la exhortación del Señor: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio”? (Marcos 16:15). ¿Será esto por ignorancia, por olvido, por falta de amor hacia nuestro Salvador, de equilibrio en nuestro testimonio cristiano? Cada uno puede responder por sí mismo.

La adoración sin la evangelización llevaría rápidamente a una extinción de aquélla por falta de nuevos adoradores. Podríamos compararla con una familia que, recibiendo un gran regalo, se

conforma con agradecer al dador, pero no comparte con nadie de su entorno lo que ha recibido. Sería estar satisfecho con sus privilegios, tener orgullo y ser olvidadizo, es decir, todo lo contrario del carácter que debería tener un creyente. A la inversa, la evangelización sin la adoración haría perder el más grande privilegio cristiano, o incluso la más grande bendición. Por lo tanto, una no va sin la otra, y la Palabra es clara a este respecto. En Juan 20:19 vemos primeramente la adoración: “Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana... vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros”. E inmediatamente después el Señor envió a sus discípulos. “Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío” (v. 21). En Colosenses 1:12 hallamos las acciones de gracias en primer lugar: “Con gozo dando gracias al Padre...”. Luego, en el versículo 23, la evangelización: “Si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación...”. No perdamos de vista este equilibrio, y desarrollemos estos servicios con el mismo celo.

Vamos a considerar ahora la adoración, primeramente de una manera general e individual, luego colectiva, o sea, el culto.

¿Qué es la adoración?

La adoración es la elevación del alma, del corazón, la contemplación, la expresión por el poder del Espíritu Santo de nuestros pensamientos más santificados, de los sentimientos más profundos y a la vez elevados de nuestro ser interior en cuanto a Dios y a Cristo. Son las alabanzas, acciones de gracias, los agradecimientos que dirigimos a Dios, por lo que él es y por lo que hizo, conforme al valor que él tiene para nosotros y la plena revelación que él nos ha hecho de sí mismo.

Adorar significa también manifestar respeto. Es un acto de homenaje hacia Dios el Padre, hacia Cristo. Literalmente quiere decir postrarse ante un ser superior.

La adoración en la Palabra

En el Antiguo Testamento nos son presentadas varias formas de adoración.

- En los altares, Abel (Génesis 4:4), Noé (8:20-21), Abram (o Abraham) (12:8; 13:4; 22:13) y otros hombres fieles del tiempo de los patriarcas ofrecieron sacrificios e invocaron a Dios. De esta manera adoraban al Dios Todopoderoso (17:1).
- Luego vemos la adoración en el tiempo de la ley, igualmente bajo la forma de sacrificios, entre otros, el holocausto ofrecido continuamente, que nos habla de las perfecciones del Señor; perfume de olor grato que sube ante Dios. Para nosotros esto significa que nuestros corazones deben estar llenos de Cristo, a fin de poder adorar.
- En los Salmos vemos que Dios no halla más su placer en los sacrificios del sistema mosaico (sacrificios de animales, entre otros), pues quiere lo que viene del corazón (Salmo 40:6-8), por medio del Espíritu Santo.

En el Nuevo Testamento ya no hay más ordenanzas, ritos, ni lugares prescritos para la adoración; ella se expresa en espíritu y en verdad (Juan 4:23).

A quién adorar, ¿a un objeto o a una persona?

Todo el valor de nuestra adoración reside en el hecho de que nosotros no adoramos a un objeto (por ejemplo una estatua), ni a un ser misterioso o a un ser supremo desconocido, sino a Aquel que es nuestro Padre y a Aquel que es nuestro Salvador,

nuestro Señor y nuestro amigo; una persona que está viva en el cielo, quien fue hombre en la tierra: Dios “manifestado en carne”.

Adoramos a Dios Padre

Adorar a Dios no es solamente exaltar sus cualidades y atributos; es contemplar al ser perfecto, a Aquel que es **amor y luz**. Alabamos a Dios porque él es amor y no solamente porque nosotros somos los objetos de su amor; lo alabamos porque es **luz** y no hay tinieblas en él. Exaltamos los atributos de Dios: él es justo, santo, paciente, poderoso, lleno de majestad, sabio, fiel, invariable, pero sobre todo lo alabamos por lo que es en sí, es decir, **amor y luz**. Dios mostró su inmenso amor dándonos a su Hijo muy amado, y el Señor Jesús fue quien nos dio a conocer el corazón del Padre. Si nosotros somos sus hijos, también es gracias a su amado Hijo. Él desea que le expresemos sentimientos sinceros y veraces procedentes de nuestro corazón, frutos de la intimidad con él.

Adoramos a Jesucristo, Dios Hijo

La adoración se dirige a Dios el Padre, quien nos ha buscado; igualmente se extiende a su Hijo, quien nos ha llevado al Padre. Conscientes de su gracia, de su amor y de su bondad, le damos las gracias, lo alabamos y lo bendecimos por lo que él es: Hijo eterno, Hijo de Dios, Hijo del Hombre; por su obra, cumplida en perfección primeramente para su Dios (“Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese”, Juan 17:4) y luego por nosotros como resultado.

Le hablamos directamente. Recordamos o mencionamos:

- Su humildad, su obediencia, su ternura, su comprensión, su humanidad, su corazón “humano”, que nunca dejó de ser “divino”.
- Su santidad y su justicia perfecta, temas de nuestro gozo.

- Sus sufrimientos físicos, morales, expiatorios, en los cuales no podemos penetrar, pero que contemplamos desde lejos.
- Sus distintas glorias (por ejemplo Hebreos 1:5, 8-9; 5:6, Apocalipsis 5:13).
- Su posición actual en la gloria.

La presentación del Hijo al Padre

En la adoración también hablamos al Padre de su Hijo, le recordamos sus perfecciones y el cumplimiento de la obra. Le decimos que tenemos el mismo objeto de afecto y de gozo: su Hijo. Entonces el corazón del Padre se regocija viendo que comprendemos, aunque sea un poco, la expresión de su amor.

Además hablamos al Padre de su Hijo como centro de sus consejos eternos, como centro de adoración en la eternidad futura. En los tiempos del Antiguo Testamento, los sacrificios, los perfumes que expandían un olor fragante y el incienso hablaban de las perfecciones, los caracteres y los diversos atributos del Hijo. Y todo esto subía en olor fragante a Dios. Igualmente ahora nuestra adoración consiste en hacer subir hacia Dios el perfume de Aquel que hace sus delicias en todo lo que fue, en lo que es y en lo que será para Él y para nosotros.

La base fundamental y necesaria de todo culto cristiano es el sacrificio de Cristo. Solamente por medio de este sacrificio podemos acercarnos a Dios, y sólo apoyándonos en su eficacia podemos presentarnos ante él. Dios exigió toda la santidad, todo el valor perfecto de ese sacrificio, pues, por su naturaleza, no podía pedir nada menos.

Nuestra posición en la adoración

Tras haber considerado que la adoración es el honor rendido a Dios el Padre y al Hijo, comprenderemos fácilmente que nuestro lugar no es más que un resultado bendito del amor divino.

Mencionar nuestro estado pasado sólo sirve para realzar la grandeza del amor de Dios y del Señor. Bendecir a Dios por lo que él es y por lo que ha hecho, bendecir a Jesús en su persona y en su obra, ¡cuán diferente es al hecho de reunirse simplemente porque somos justificados!

Cuando nos reunimos para celebrar el culto, esa reunión dedicada especialmente a la adoración, no es para hablar de nuestras bendiciones y privilegios, sino para hablar a Dios de su Hijo. Con frecuencia en el culto se habla más del hombre, de nosotros mismos y de lo que éramos, que del Señor. Entonces la adoración es pobre, porque nos ocupamos de nosotros y no de Aquel que hizo todo, primeramente para su Padre –hallando adoradores para él– y luego para nosotros. “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén” (Apocalipsis 1:5-6).

¿Cómo adorar?

Son muy distintas las formas que toma la adoración hoy en día, pero la Palabra es clara y simple: hay que adorar “en espíritu y en verdad”. Las exhortaciones, las predicaciones y las meditaciones no constituyen la adoración propiamente dicha, porque en esos casos Dios es quien nos habla a través de su Palabra, mientras que en la adoración somos nosotros quienes presentamos la alabanza a Dios. Por otra parte la liturgia, los ritos, no son más que formas y palabras de poco valor espiritual, pues se expresan sin estar dependientes del Espíritu. Cuando nuestros cultos son hechos con costumbres, tradiciones, con repeticiones de expresiones consagradas, no tienen más valor que la liturgia o los ritos. ¡Cuidado! Efesios 5:19-20 nos presenta el contenido de la verdadera adoración y la manera de expresarla: “Hablando entre vosotros con salmos,

con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. Por último, la adoración es el privilegio de los creyentes. Así, en Apocalipsis 5, sólo los redimidos cantan; agreguemos que el Señor mismo canta (Salmo 22:22), y que los creyentes son exhortados a hacerlo con el espíritu, pero también con el entendimiento (1 Corintios 14:15).

En espíritu y en verdad

El Espíritu que Dios nos ha dado no puede estar confinado en un sitio u otro, ni en las formas, tampoco puede estar limitado en su actuación. Es el poder de la vida divina que poseemos, única potencia mediante la cual podemos adorar a Dios.

Adorar en espíritu es adorar según la poderosa energía de la comunión que da el Espíritu de Dios —en contraste con las formas, las ordenanzas y toda forma de religión de la cual nuestra naturaleza pecaminosa es capaz— teniendo conocimiento de la verdadera naturaleza de Aquel a quien adoramos. Está, pues, la adoración espiritual en completo contraste con la adoración ritual, carnal.

Adorar a Dios en verdad es adorar según la revelación que él mismo nos ha dado en Cristo, en toda su plenitud. No hay más distancia, no hay más necesidad de formas en el culto, todo emana de Aquel que anhela ser adorado.

La adoración en la vida del creyente

Hebreos 13:15 expresa el valor de la adoración rendida por los creyentes. “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre”. Expresar a Dios y al Señor Jesús lo que experimentamos o sentimos con respecto a él forma parte de nues-

tra vida. Tener un objeto de adoración en el corazón y alguna cosa que expresar mediante palabras y cánticos, constituye una fuente de gozo para el propio creyente. Según Juan 4:23, el Padre busca verdaderos adoradores, por lo tanto el objetivo de la obra del Señor, del amor del Padre, es tener adoradores. Entonces este servicio toma una particular importancia en nuestras vidas, pues precisamente fuimos escogidos y buscados para cumplirlo. Un hermano dijo: «Dios se presenta a nosotros en todo lo que él es. Él nos llama por gloria y virtud. Todos hemos recibido un llamado al haber creído; por ese motivo respondemos siguiendo al Señor, y la plena respuesta es el servicio de la adoración. Los que creen están constreñidos a cumplir con una obligación moral: ofrecer sacrificios espirituales, adorar».

La condición del creyente como adorador

La primera condición para que podamos expresar la alabanza, la adoración, interior o públicamente, es que nuestros corazones estén verdaderamente ocupados y llenos de la persona del Señor. No es suficiente conocer al Señor, poseerlo como Salvador; es necesario además experimentar la comunión con él cada día (no solamente en el momento del culto o algunas horas antes).

La comunión continua nos ayuda a “juntar” durante la semana lo necesario para adorar pública y colectivamente el domingo. Pero conviene permanecer conscientes de nuestras limitaciones y adorar según lo que experimentamos y no más allá de nuestro gozo en Cristo y del conocimiento que tenemos de su persona. De ahí viene el valor y la importancia de cultivar esos gozos y conocimientos, de profundizarlos mediante el estudio de la Palabra y la intimidad con Dios. Así seremos capaces de presentar a Dios de una manera más sincera, verdadera, adecuada y profunda lo que sentimos y en lo cual nos gozamos.

Si, individualmente, el cristiano no se halla en estado de adorar, ¿cómo puede hacerlo colectivamente? Considerando la carne (la vieja naturaleza) en nosotros, nunca podríamos acercarnos a Dios para manifestarle la adoración que le es debida, pero tenemos la gracia y el gozo en Cristo, quien es digno de recibir nuestra adoración. Comprenderemos entonces que no podemos acercarnos para el culto sin haber confesado nuestras faltas: “Pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan” (1 Corintios 11:28). Conviene hacer esto cuando nos damos cuenta de una falta y no sólo unos minutos antes de ir al culto. “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:22).

La adoración colectiva: el culto

Recordemos: el culto es, pues, el honor y la adoración rendidos en común a Dios en virtud de lo que él es en su esencia, y de lo que él es para los que la rinden. En el culto Dios es el objeto, Jesucristo la sustancia, y el Espíritu Santo el poder.

El tema y decoro en el culto

Después de todo lo precedente comprendemos que el culto no puede ser material, ni formal, sino espiritual. Por lo tanto, la alternación de cánticos, acciones de gracias, alabanzas y lectura de la Palabra expresan lo que los creyentes reunidos sienten por Dios y por su Hijo Jesucristo. No hay, o no debería de haber ninguna regla en cuanto a la sucesión de los cánticos y las acciones de gracias, como tampoco nada en la Palabra nos muestra que se deba seguir un esquema. La adoración es espontánea; es el resultado del gozo experimentado en la comunión con el Señor en la vida del creyente. Sin embargo, cuando en un culto el espíritu de cada uno está orientado hacia los mismos pensamientos (unidad, comunión de pensamiento),

se destaca un tema. Cada vez que ese tema (diferente cada domingo) es seguido desde el principio del culto, la adoración se desarrolla y se eleva con más intensidad que cuando cada uno expresa algo sin tener en cuenta lo que ha sido cantado o expresado antes en las acciones de gracias. Al actuar en la dependencia del Espíritu Santo, evitamos ser precipitados. En el culto, al igual que en las demás reuniones, la propia voluntad no debe manifestarse; el Espíritu Santo hace de todos un solo cuerpo y un solo espíritu, y se convierte en la voz de la asamblea. “Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo” (1 Corintios 12:13).

A menudo adoramos a Dios el Padre al principio del culto, luego a su Hijo, pero la Palabra no lo precisa, así que tampoco hay reglas a ese respecto. No obstante, Juan 4:23 dice que “**el Padre** busca adoradores...”. Es cierto que el Padre envió al Hijo y que éste vino en perfecta sumisión a la voluntad del Padre. “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:9).

La predicación de la Palabra no es adoración

Notemos que las exhortaciones y meditaciones que se hacen, a veces, al final del culto no forman parte de la adoración. Ésta se termina cuando la exhortación o la meditación comienza, aunque algunas palabras relacionadas con el tema del culto no estén fuera de lugar. ¡Que el culto guarde hasta el fin su carácter elevado!... ¡Que las maravillosas porciones donde Jesús nos es presentado sea lo único en que meditemos, siempre guiados por el Espíritu! ¡Que nuestros corazones únicamente tengan a Jesús por objeto en esos preciosos instantes!

Durante el culto algunas citas de la Palabra pueden ser oportunas y necesarias para estimular los corazones y dar el tema de la alabanza con las expresiones convenientes. Sin embargo

velemos para que el culto no se convierta en una predicación o explicación de la Palabra de Dios.

El lugar de la Cena

Responder al deseo del Señor, quien dijo hablando de la institución de la Cena: “Haced esto en memoria de mí” (1 Corintios 11:24), es el acto más elevado que el creyente pueda cumplir en la tierra. El culto, la adoración en común, es la expresión colectiva de nuestro agradecimiento, cuyo punto culminante es el recuerdo de la muerte del Señor y de sus sufrimientos, expresados mediante la celebración de la Cena. Sin embargo, este acto solemne entre todos se ve fuertemente obstaculizado si la comunión con el Señor o con un hermano es interrumpida. Por eso la expresión “pruébese cada uno a sí mismo” tiene su razón de ser, y una vez cumplido esto, se nos dice: “y coma así” (1 Corintios 11:28). A nosotros no nos corresponde decidir si somos dignos de participar en la Cena tal o cual domingo, pero recordemos que el Señor es digno, y que lo hacemos con toda dignidad para él.

¿Cuándo celebrar la Cena?

En algunas partes en el Nuevo Testamento vemos que los apóstoles, los creyentes estaban reunidos el domingo, primer día de la semana, día del Señor, para partir el pan. Precisamente ese día, y cada domingo, es cuando conviene congregarnos para recordar la muerte del Señor y anunciarla. “Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la semana... vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros”. Luego, “ocho días después”, es decir, igualmente el domingo, los discípulos estaban reunidos y el Señor se presentó nuevamente ante ellos (Juan 20:19-21, 26; véase igualmente Hechos 20:7; 1 Corintios 16:2; Apocalipsis 1:10). Por eso

todos los domingos celebramos el culto y participamos de la Cena dando testimonio: “Todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga” (1 Corintios 11:26).

Un culto puede llevarse a cabo sin la celebración de la Cena, pero no se puede concebir la Cena sin culto. Ésta va acompañada de alabanzas y acciones de gracias, y se celebra en la adoración. La Cena es, pues, el punto culminante del culto.

La adoración eterna

Por fin llegamos a la perfección del culto eterno en el cielo, cuya expresión terrenal sólo es una imagen muy incompleta. Será el culto en el cielo, cuando todos los creyentes de todos los tiempos reunidos alrededor de su Dios y Padre, de su Salvador y Señor, podrán expresar sin cesar y de una manera perfecta, su agradecimiento, su adoración diciendo: “El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza” (Apocalipsis 5:12).

H. E. A.
(Adaptación)

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).